



Universidad de Puerto Rico
COLEGIO UNIVERSITARIO DE CAYEY
Cayey, Puerto Rico 00736

Senado Académico
Secretaría

Telef. (787) 738-2161
Exts. 2158, 2417, 2418

1997-98
Certificación número 48
Enmendada

Yo, Sylvia Tubéns Castillo, Secretaria Ejecutiva Interina del Senado Académico del Colegio Universitario de Cayey, CERTIFICO:

Que el Senado Académico, en su reunión ordinaria del jueves 4 de diciembre de 1997, tuvo ante su consideración el Informe de la Comisión de Asuntos Claustrales, presentado por el Prof. Waldo A. Torres, sobre las **propuestas recibidas para la denominación de la Sala de Colección Puertorriqueña de la Biblioteca Víctor M. Pons del Colegio.**

Según el informe, la Comisión recibió una propuesta del Departamento de Estudios Hispánicos para que la Sala de Colección Puertorriqueña de la Biblioteca Víctor M. Pons del Colegio, se denomine Sala José Luis González (Certificación JAC 86, 1996-97). Durante el período de divulgación, se recibió otra propuesta de un grupo de bibliotecarios para que la misma se denomine Sala Don Jaime Benítez. Luego de evaluar ambas propuestas, la Comisión determinó elevar las mismas al Senado para que sean discutidas en sus méritos.

Luego de la exposición de rigor, y habiéndose discutido ampliamente este asunto, el Senado aprobó la siguiente

CERTIFICACIÓN:

Acoger la moción presentada por la Prof. Esther Rodríguez, del Departamento de Estudios Hispánicos, a los efectos de que la Sala de Colección Puertorriqueña de la Biblioteca Víctor M. Pons del Colegio, se denomine Sala José Luis González.

Los documentos relacionados con este tema formarán parte integrante de la presente Certificación.

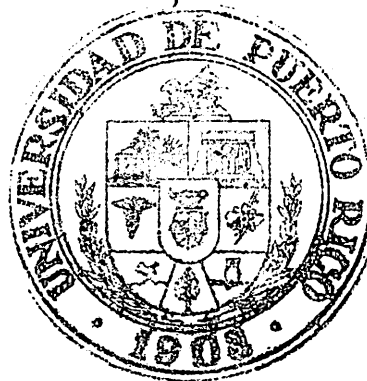
Certificación 48 (1997-98) Enmendada
Senado Académico
Página 2

Y, PARA QUE ASI CONSTE, expido la presente Certificación en Cayey, Puerto Rico, el día cinco de diciembre de mil novecientos noventa y siete.

Sylvia Tubéns Castillo
Sylvia Tubéns Castillo
Secretaria Ejecutiva Interina

Vo. Bo.

Carmen L. Quiroga
Carmen L. Quiroga
Presidenta Interina
Senado Académico





Universidad de Puerto Rico
COLEGIO UNIVERSITARIO DE CAYEY
Cayey, Puerto Rico 00736

Senado Académico
Secretaría

Telef. (787) 738-2161
Exts. 2158, 2417, 2418

1997-98
Certificación número 48

Yo, Sylvia Tubéns Castillo, Secretaria Ejecutiva Interina del Senado Académico del Colegio Universitario de Cayey, CERTIFICO:

Que el Senado Académico, en su reunión ordinaria del jueves 4 de diciembre de 1997, tuvo ante su consideración el Informe de la Comisión de Asuntos Claustrales, presentado por el Prof. Waldo A. Torres, sobre la **propuesta del Departamento de Estudios Hispánicos para que la Sala de Colección Puertorriqueña de la Biblioteca Víctor M. Pons del Colegio, se denomine Sala José Luis González.**

Luego de la exposición de rigor, y habiéndose discutido ampliamente este asunto, el Senado aprobó la siguiente

CERTIFICACIÓN:

Acoger la recomendación de la Comisión de Asuntos Claustrales, a los efectos de aceptar la propuesta del Departamento de Estudios Hispánicos, para que la Sala de Colección Puertorriqueña de la Biblioteca Víctor M. Pons del Colegio, se denomine Sala José Luis González.

Los documentos relacionados con este tema formarán parte integrante de la presente Certificación.

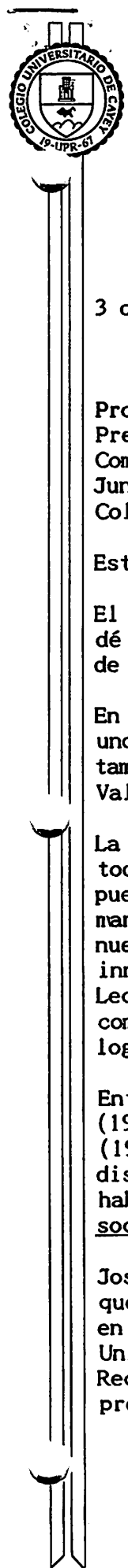
Y, PARA QUE ASI CONSTE, expido la presente Certificación en Cayey, Puerto Rico, el día cinco de diciembre de mil novecientos noventa y siete.

Sylvia Tubéns Castillo
Sylvia Tubéns Castillo
Secretaria Ejecutiva Interina

Vo. Bo.

Carmen L. Quiroga
Carmen L. Quiroga
Presidenta Interina
Senado Académico





3 de septiembre de 1997

Prof. Waldo Torres
 Presidente
 Comisión de Asuntos Claustrales
 Junta Académica
 Colegio Universitario de Cayey

Estimado profesor Torres:

El Departamento de Estudios Hispánicos ha solicitado a la Junta Académica que se dé el nombre del escritor José Luis González a la Sala Colección Puertorriqueña de la Biblioteca Víctor M. Pons.

En el devenir histórico de la literatura puertorriqueña, José Luis González fue uno de los miembros más prominentes de la Generación del Cincuenta, a la que también pertenecieron escritores como René Marqués, Pedro Juan Soto y Emilio Díaz Valcárcel.

La aportación de José Luis González a nuestra literatura es incuestionable y de todos conocida. Su obra cuentística contribuyó a renovar la narrativa puertorriqueña de este siglo y reformuló el interés social que siempre han manifestado nuestros escritores. Su obra ensayística, incisiva y polémica, dio nuevos bríos al viejo debate sobre la nacionalidad puertorriqueña. Escritor innovador y de amplia perspectiva, nunca abandonó sus anhelos de superación. Lector contumaz y analítico, fue uno de nuestros escritores más cultos y combatientes. Luchó con la palabra, con la técnica literaria y las ideologías logrando completar una obra de gran significación para la cultura puertorriqueña.

Entre las obras de José Luis González se encuentran las siguientes: En la sombra (1943), El hombre en la calle (1948), En esta lado, (1954), cuentos; Paisa (1950), Balada de otro tiempo (1978), La llegada (1980), novelas; y el muy discutido libro de ensayos, El país de cuatro pisos (1980). También tiene a su haber un libro sobre historia de la literatura puertorriqueña, Literatura y sociedad en Puerto Rico, de 1976.

José Luis González unió a su vocación literaria una fructífera tarea docente, la que desempeñó en diversas instituciones universitarias tanto en Puerto Rico como en el extranjero. Durante mucho tiempo, fue catedrático de literatura en la Universidad Autónoma de México. También enseñó en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. El Colegio Universitario de Cayey contó asimismo con su presencia hace varios años, como profesor visitante.

3 de septiembre de 1997
Prof. Waldo Torres
Pág. 2.

El Departamento de Estudios Hispánicos reitera su petición de que se nombre la Sala Puertorriqueña de nuestra biblioteca en honor a este insigne escritor. Los méritos de su obra y su calidad humana lo justifican plenamente. A pocos meses de su muerte, honremos de este modo su esfuerzo creador, sus logros y su memoria.

Agradeceré la atención que la Comisión de Asuntos Claustrales dispense a ésta solicitud.

Coordialmente,



Esther Rodríguez Ramos
Representante del
Departamento de Estudios Hispánicos
ante la Junta Académica

c Dr. Osvaldo Orraca
Director
Departamento de Estudios Hispánicos

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ O LA VOZ DE LA HISTORIA

Por: Dra. Ana E. Irizarry

“A nadie debe sorprender las obvias coincidencias entre la historiografía y la narrativa puertorriqueña de hoy. Después de todo, historiadores y escritores hemos vivido unas experiencias formativas similares... que tal vez produjeron algo así como un proyecto común.”

Con estas palabras de la destacada ensayista y narradora puertorriqueña, Ana Lydia Vega, tomadas de su ensayo “Nosotros los historicidas” nos acercamos a la obra de José Luis González, en un encuentro con la sustancia histórica y vivencial que vino a cumplimentar los textos históricos de ese momento y, en cierta medida, a llenar el vacío que dejó la ausencia de obras que nos enfrentaron con nuestra realidad como pueblo. El vacío de una memoria colectiva la venía a llevar la asertiva palabra de nuestro narrador. Aunque estamos conscientes que como afirma Arcadio Díaz Quiñones, el reconocido crítico de literatura en su ensayo “La memoria rota” “El que escribe pone su marca sobre una tradición, en lo que otros han hecho aun cuando sea para desajustar el modelo”¹ y como afirma el mismo José Luis González “La literatura no es sino una recreación crítica de la experiencia”² José Luis González como intelectual dotado de una profunda, conciencia, es el

producto del peso histórico del pueblo puertorriqueño; peso que carga sobre sus hombros y sobre su corazón. Por ello, no puede desconectarse de la trayectoria histórica que ha desembocado en su época. Como resultado, su obra narrativa y ensayística es un compromiso no sólo con el arte, pues es su prosa narrativa una obra esculpida con el cincel de la belleza y la perfección, sino con el pueblo puertorriqueño; al que las circunstancias lo ligaron y el acto volitivo lo estrechó en ligazón perpetua.

No nos asombra que sus palabras sean ecos de seres vivientes, de experiencias vitales. Con su magistral arte narrativo convierte las palabras en dobles del mundo exterior haciendo del lenguaje una manera de acercarse a las situaciones.

La Generación de Mitad de Siglo le correspondió iniciar su trayectoria literaria, está rodeada por una serie de acontecimientos, tanto internacionales como locales, que marcarán el desarrollo del pueblo puertorriqueño y torcerán su rumbo. La Segunda Guerra Mundial, así como, el Conflicto de Corea, serán dos de los eventos que más afectarán a Puerto Rico. La compulsiva presencia de jóvenes puertorriqueños en ambas guerras enfretarán al pueblo ante una realidad insospechada; la impuesta ciudadanía norteamericana como la califica Emilio Díaz Varcárcel a través de su novela Inventario cuando afirma y cito

“No nos consultaron en 1917 cuando nos impusieron su ciudadanía”³ tenía una cuota demasiado alta.

José Luis González, observador, señalador, crítico de estos acontecimientos se enfrenta a ellos, se cuela en sus entrañas y traspasando el dolor, a veces la impotencia, se desliza en temas como el de la Guerra de Corea que tantas puñaladas enterró en el humilde pueblo puertorriqueño y salta a la denuncia en cuentos como “Una caja de plomo que no se podía abrir”, ¡Cuánta angustia e impotencia se desprenden del personaje de la madre de Moncho quien a muerto en una tierra extraña defendiendo no se sabe qué! Y que al devolverle los restos de su hijo muerto, la única súplica de la atribulada madre era abrir aquella caja para despedirse del hijo. Pero, ella, no sabía inglés no entendía las razones para la absurda negativa; sólo entiende que su hijo fue obligado a batallar en un lugar distante, contra quienes nada nos habían hecho y que en lugar del cuerpo de su hijo recibe un objeto; una caja que no podía abrir porque si se abriera se escaparían demasiadas verdades: el vacío, la incomunicación, el engaño o el alto precio de la ciudadanía impuesta.⁴

José Luis González se convierte a través de este cuento y de gran parte de los relatos de Mambrú se fue a la guerra en un acerbo crítico de la obligada intervención de los puertorriqueños en las guerras en las que se involucró el

gobierno de los Estados Unidos. Desde diferentes ángulos, recrea a través de la ficción las consecuencias de la innecesaria e injusta intervención.

Por otro lado, el Departamento de Instrucción libraba otra guerra: defender el idioma español como vehículo de enseñanza en las escuelas públicas del país. Por ello, cuando el gobernador Tugwel durante la batalla del idioma en la década del 40 veta un proyecto de ley en donde se indicaba el deseo de las cámaras de que las diferentes materias se enseñaran en el idioma español en las escuelas públicas de Puerto Rico, el autor del Proyecto, el señor Arjona Siaca, sentenció “Aunque en nuestras escuelas se siga durante mil años más, enseñando todo en inglés, el español jamás dejará de ser nuestro lenguaje propio, ya que el mismo forma parte esencial de nuestra hispana personalidad indestructible”⁵. Tan combativa fue la posición del pueblo puertorriqueño, en la defensa de nuestro idioma, que en 1949, el entonces secretario de Instrucción Pública, Mariano Villaronga, pasó sobre el Congreso de los Estados Unidos y decidió que el español fuera el vehículo de enseñanza. José Luis González, pura conciencia de lo que significa el idioma de un pueblo, y mucho más ante la situación que vive el pueblo de Puerto Rico, hace de éste un elemento temático, convirtiéndolo en una forma de indagación, de sondeo interior mediante el cual extrae ritmos de pulsaciones vitales. Lo antes

sostenido queda expuesto claramente en su cuento “En Nueva York” relato que le da título al texto En Nueva York y otras desgracias. A través del discurso literario, González nos presenta el drama que vive un personaje puertorriqueño quien abrumado por la falta de dinero al no poder conseguir trabajo, decide asaltar a quien pase por la calle. Al despojar a una mujer de su cartera, quien le habla en español, la mano de la colectividad hispana le abofetea la conciencia: “ y Marcelino con la cartera en la mano de pie junto a su víctima, se sintió súbitamente paralizado, el grito proferido en claro español, le golpeó el oído y le llegó como una tempestad hasta el cerebro. Y allí, estalló en una increíble imagen relampagueante: la visión de una anciana en la puerta de un ranchito náufrago en el oceano verde del cañaveral: Toda la angustia inmemorial venida así de golpe a un solo hombre... La cartera cayó junto al cuerpo de la mujer... Marcelino retrocedió dos pasos, se llevó las manos a la cara y dejó escapar un alarido como de bestia supliciada. Luego, emprendió una carrera por la calle obscura”⁶. En este relato se pone en función lo que el escritor tantas veces afirmó: que la literatura se hace más que con palabras, con las matices de las palabras. Somos testigos de que José Luis González jamás utilizó la palabra vacua ni el floreo verbal.

En el aspecto económico-político, el pueblo puertorriqueño se vio precisado a desarrollar una gran dependencia de la economía norteamericana, pues, entre las décadas de 1920-40, se produjo la consolidación económica de la metrópoli norteamericana sobre Puerto Rico.

Para esta época se fortalecía la filosofía separatista. El Partido Nacionalista proponía mediante la independencia nacional el desarrollo interno del país, propuesta atractiva para los obreros pero preocupante para los Estados Unidos de Norteamérica, el que se dispone por diferentes medios disolver esa atracción a través, esencialmente, de dos acciones: el apresamiento de los líderes nacionalistas y la consideración de las exigencias sociopolíticas del pueblo puertorriqueño.

Por otro lado, el Partido Popular Democrático fundado por don Luis Muñoz Marín capitalizó las huestes obreras del país y ayudado por los Estados Unidos se involucró en el afán de desarrollismo, en un plan de amplia industrialización. Se abandona la agricultura y de esta forma se inicia el éxodo masivo del campesino desde la zona rural a la zona urbana. Nacen los arrabales, se pauperiza el obrero. Magistralmente, José L. González, recoge los efectos de esta migración en el breve cuento "La Carta" considerado por la crítica como uno de los mejores cuentos de la literatura hispanoamericana. A

través de una mentira piadosa podemos entrever los sueños que movieron a Juan a deslizarse hasta la capital y su duro encuentro con la insoslayable realidad. Ya que como dice José L. González en su novela Paisa “Irse al pueblo para resolver el problema de la supervivencia quiere decir casi siempre, en un país tan reducido, irse a la Capital, y así fue como San Juan se descubrió un mal día la fina cintura marinera llegada de arrabales”⁷.

Así, la diáspora, la emigración transformaba las redes políticas y sindicales lo que provoca que los grupos más radicales quedaran arrinconados, y lo que no es raro, estigmatizados. Languidece la voz de soberanía nacional y el hombre de la montaña se marcha a la calle. Por ello, José Luis González se concentra en el hombre de la ciudad que le da el contenido a su conocido libro El hombre en la calle de 1948 porque según su criterio el Puerto Rico más real en ese tiempo, es decir el Puerto Rico más vigente en un sentido histórico, no era el campesino de la montaña, sino el Puerto Rico urbano y semiurbano de la costa. Allí era donde se estaba haciendo la historia presente del país y allí era donde se haría inevitablemente la historia futura. De este modo, José Luis González, se convierte una vez más en la voz de la historia pues le hacía frente a la concepción “jibarista” de la época anterior y a la de algunos de sus propios compañeros de generación como a don Aberlardo Díaz Alfaro.

González acompaña con su voz al hombre puertorriqueño en su peregrinar desde la zona rural a la zona urbana y de allí a la nación norteamericana. Pues, el éxodo continúa hacia las fincas y ciudades estadounidenses. El drama del exilio a los Estados Unidos se tornó cada vez más arrollador. Señala el analista Luis Nieves Falcón en su estudio sobre la emigración puertorriqueña en esas décadas, que de los 1,500 puertorriqueños censados en Nueva York en 1910, en 1940 había ascendido a 10,000, multiplicándose a 226,110 en 1950; pero con un grupo adicional de 75,265 puertorriqueños nacidos en Estados Unidos de padres boricuas⁸. Lo que no señalan las estadísticas es el drama que vivió el pueblo puertorriqueño en ese momento histórico y que con tanta agudeza recoge en sus escritos José Luis González. Ejemplos vivientes de ello son relatos como Paisa, “En Nueva York”, “El pasaje”, “La noche que volvimos a ser gente”, entre otros.

En Paisa no hay palabras más dolorosas y elocuentes que las que nos dice el relator ficticio cuando apunta y cito: “si al cabo de aquellas seis semanas, de búsqueda angustiosa, Andrés Morales, hubiera encontrado trabajo, si no se hubiese visto obligado un día a pedirle cinco centavos al padrino para el “subway”, si hubiese llegado a entrever siquiera cómo hallaba un hombre su lugar en aquel combate del que hablaba Perucho...si en cada

esquina de Harlem, y de Brooklyn, del Bronx o del West Side no hubiese un Andrés Morales acorralado y confundido hasta la desesperación”⁹; o en su cuento “El pasaje” cuando el personaje eje al no encontrar trabajo decide asaltar un restaurant para conseguir el dinero con qué comprar el pasaje para regresar a Puerto Rico y al otro día aparece su muerte en las páginas de los periódicos. Así lo presenta González mediante un diálogo entre dos exiliados puertorriqueños: “Y el bodeguero tendiéndole el periódico le señaló con un dedo la fotografía que ocupaba la mitad inferior de la primera plana. Juan miró. Un hombre aparecía tendido en el piso de un “delicatessen” a los pies de dos policías que miraban sonrientes al fotógrafo... parece que tu amigo se metió a atracador con una cuchilla... Con una cuchilla imagínate y la policía lo limpió. Sí, es él dijo Juan demudado y luego añadió entre dientes “El pasaje”. “Sí, el cabrón pasaje”¹⁰.

De este modo, la literatura de José Luis González se convierte, citando a Ana Lydia Vega, en “síntesis suprema de la realidad isleña¹¹” porque como ella misma afirma, “en una sociedad colonial como la puertorriqueña el canon literario compensa a menudo la inexistencia del estado independiente; la literatura tiene aún una función política”¹².

Por tal razón, la creación literaria de José Luis González va madurando, creciendo, transformándose al ritmo que crecía y se transformaba la sociedad. Su palabra caminó tomada de la mano con el tiempo histórico. Por ello, no nos asombra su cambio perceptivo en el cuento, considerado por el mismo escritor como su relato breve más logrado, “La noche que volvimos a ser gente”, donde la puertorriqueñidad radica esencialmente en las estructuras mentales que el lenguaje expresa en un sentido del humor y de la emoción que son muy puertorriqueños, como lo afirma el escritor.

Por que no cabe duda que González, mediante el personaje eje de este cuento, conversa íntimamente con el lector buscando la singularidad del interlocutor, en una entrega con gran ingenio, humor y sabrosura. Un monólogo con intenciones de diálogo que nos convierte en testigos de la vida del puertorriqueño en Nueva York pero, esta vez, a través de una visión más optimista, de un tono esperanzador. El puertorriqueño, en esta ocasión, aunque continúa siendo víctima del discrimen, tiene los ojos puestos en las estrellas, lucha por su idioma como símbolo de identidad, se siente parte de un pueblo obligado por las circunstancias, a exiliarse en la tierra extraña, pero con la convicción de una identidad definida. Un pueblo que subsiste no importa

dónde, ni cómo. Es la esperanza, a pesar de la diáspora. Según el mismo González expresa “El gran deber de un escritor comprometido con las buenas causas es precisamente la comprensión de la lucha en un contexto histórico objetivo”. Por que la colectividad, las clases sociales están constituidas por seres humanos capaces de transformar la realidad histórica y de realizar su propia transformación. Y, proplablemente, los textos históricos de esas décadas presentaron la tesis de la transformación dialéctica de la sociedad . Lo que no hacían esos textos históricos y magistralmente lo logró González, fue recoger ese cambio dialéctico mediante la recreación de la realidad a través de una amplia visión, desde diferentes ángulos, del drama de nuestro pueblo como él afirma en el libro Conversación con José L. González de Arcadio Díaz Quiñones: “Lo que tú llamas denuncia y análisis de la realidad es una tarea constante de la literatura, porque la realidad nunca deja de ser problemática. Ninguna generación puede cumplir con esa tarea de una vez por todas. Los escritores no tienen por qué competir con los historiadores y los sociólogos para explicar la realidad. La historia y la sociología nos dicen cómo y por qué ha sido esa realidad. La literatura nos dice cómo han vivido esa realidad los seres humanos concretos... Si por realidad se entiende la totalidad de la experiencia humana”¹³.

Porque nuestro escritor también experimentó el dolor del exilio. Desde allí fue plasmando la transformación de la patria ausente. Haciendo un intento como dice Ana Lydia Vega en el ensayo citado “por armar el rompecabezas histórico, no precisamente en los archivos ni en las estadísticas sino desde la propia biografía del escribiente”¹⁴. Y ese intento por armar el rompecabezas histórico en que ha resultado Puerto Rico se manifiesta con la publicación de su ensayo El país de cuatro pisos en 1980, donde con gran acierto expone su percepción de la identidad caribeña del pueblo puertorriqueño. De este modo, ubica nuestra tierra no sólo en el espacio geográfico donde aunque no se percibiera, siempre había estado sino en la toma de conciencia de una identidad soslayada y esporádicamente mencionada por algunos escritores como Luis Palés Matos 50 años antes.

Luego, publica uno de sus últimos escritos La luna no era de queso literatura de testimonio a través de la cual nos pinta con palabras la sociedad puertorriqueña de las décadas del 30 al 40.

Cuando al final, la muerte quiere sorprenderlo encerrándolo en “una caja de plomo que no se podía abrir” la muerte esta vez, contrario a lo que sucedió con Moncho, pierde la batalla porque sorpresivamente la caja se abre presionada por la voz de Juan, de Marcelino, de Andrés Sánchez, de Moncho,

de Pichirilo como testimonio de un pueblo que lucha, como testigo de la historia. Y como dice Arcadio Díaz Quiñones en su ensayo “José Luis González: la crítica sin territorio” “Del hombre en la calle pasaba al hombre en la historia. La memoria cultural era su nuevo campo de lucha”¹⁵, ya que José Luis González jamás permitió que ni la ausencia ni la distancia lo exiliaran de sí mismo convirtiéndose en la voz de la historia del pueblo de Puerto Rico para que jamás tengamos “la memoria rota”.

97 OCT 20 PM 3:58
RECIBIDO
JUNTA ACADÉMICA
C.U.C.

**UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
COLEGIO UNIVERSITARIO DE CAYEY
BIBLIOTECA VICTOR PONS**

97 NOV 14 AM 10:39
RECIBIDO
JUNTA ACADÉMICA
C.U.C.

12 de noviembre de 1997

Comisión de Asuntos Claustrales
Colegio Universitario de Cayey
Cayey, Puerto Rico 00736

Estimados colegas

Actualmente existe una recomendación para dar el nombre del reconocido autor José Luis González a la Sala que alberga la Colección Puertorriqueña de la Biblioteca Víctor Pons. Dicha recomendación fue avalada por algunos compañeros bibliotecarios y otros consideramos que el nombre de José Luis González podría ser utilizado para cualquier Sala pues a nadie le queda duda sobre la gesta, identificación nacional y trayectoria de este autor.

Los claustrales que firmamos esta carta recomendamos que se nombre la Sala de Colección Puertorriqueña en honor al fundador del Colegio el educador e intelectual Don Jaime Benítez. Las siguientes razones son el basamento de nuestra sugerencia.

- **Fundador del Colegio**
- **Insigne Autor Puertorriqueño**
- **Educador por excelencia**
- **Su gesta trasciende las fronteras físicas del País**
- **Hacedor de la historia de la Universidad y del País**

Don Jaime siempre se ha distinguido, como dice Héctor Estades en su escrito *Siluetas de Jaime Benítez...* "por la majestuosidad de la palabra...la amplitud de los saberes, brotando inagotables en la siempre vivaz palabra, el rigor expositivo, la incesante demanda al estudiante para que fuese sí mismo. El carisma de un maestro es justamente ese: no seducir al discípulo para que sea una réplica de él, sino enviarlo hacia sí mismo...Tiene el profesor Jaime Benítez el carisma que corona al maestro"

Don Jaime será siempre "...humanista del Otro Hombre y por ello, un gran señor del espíritu."

Solicitamos a la Comisión que tome en consideración nuestra petición y nos ponemos a vuestra disposición para brindar mayor información. Reciban nuestro saludo afectuoso.

Cordialmente

Blanca Borges

Luis R. Muñoz
Diana Eduardo Santiago

Milda Afente

Evelyn Thilagros Rodríguez

* Véase anexo en el expediente de este tema.
DCE